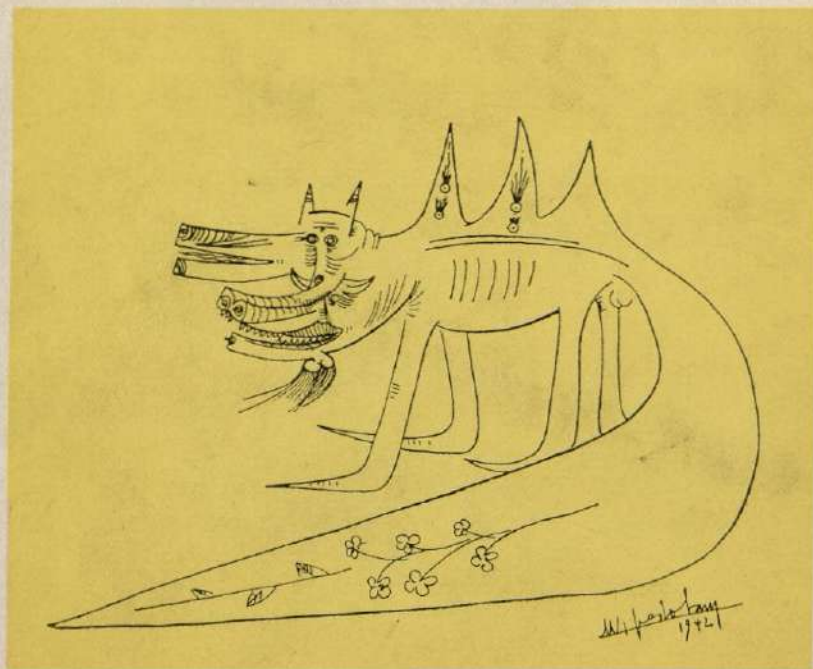


A I M E C E S A I R E



RETORNO
AL PAIS NATAL

PREFACIO DE BENJAMIN PERET
ILUSTRACIONES DE WIFREDO LAM
TRADUCCION DE LYDIA CABRERA

COLECCION DE TEXTOS POETICOS

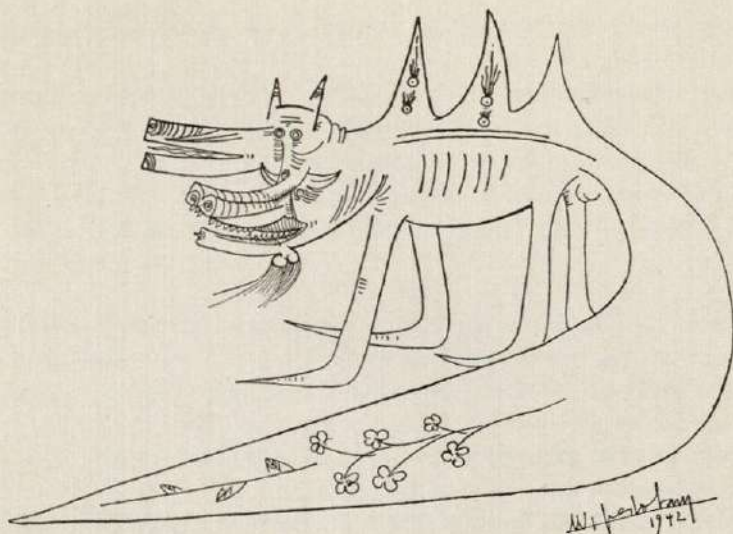


LIBRARY
THE MUSEUM
OF MODERN ART
Received:



L2357
C 27

A I M E C E S A I R E



RETORNO
AL PAIS NATAL

PREFACIO DE BENJAMIN PERET
ILUSTRACIONES DE WIFREDO LAM
TRADUCCION DE LYDIA CABRERA

COLECCION DE TEXTOS POETICOS

L 2357

43.9.21

C 27

illus

EJEMPLAR No. 12 sobre 300

de Mr. Alfred H. Barn

~~W. J. A. B.~~

W. J. A. B.

P R E F A C I O

Tengo el honor de saludar aquí a un gran poeta, el único gran poeta de lengua francesa que ha aparecido en veinte años. Por primera vez resuena una voz tropical en nuestro idioma, no para sazonar una poesía exótica, adorno de mal gusto en un interior mediocre, sino para hacer brillar una poesía auténtica, brotada de troncos podridos de orquídeas y de mariposas eléctricas devorando la carroña; poesía que es el grito salvaje de una naturaleza dominadora, sádica, que se traga a los hombres y a sus máquinas como las flores a los insectos temerarios.

Aimé Césaire no le debe nada a nadie: su lenguaje, más que suyo es el lenguaje resplandeciente de las flechas de los colibríes cebrando en un cielo de mercurio. Césaire más que el intérprete de la naturaleza tropical de la Martinica es una parte de ella; juez y parte a la vez de esta naturaleza. Su poesía tiene el movimiento soberano de los grandes árboles del pan y el acento obsesionante de los tambores del voodoo. La magia negra, preñada de poesía, se opone a la rebelión de las religiones esclavistas en la que toda magia se modifica; donde toda poesía ha muerto para siempre.

Tengo el honor de saludar aquí al primer gran poeta negro que ha roto las amarras y se lanza, sin preocuparse de ninguna estrella polar, de ninguna cruz del Sur intelectual, guiado únicamente por su deseo ciego.

Es maravilloso, entusiasmo y reconforta altamente que en este año de 1942, (un año más de miseria y de abyección), cuando todos los poetas y artistas de Europa se ahogan asfixiados bajo los bigotes—bajo el bigote blanco de Vichy que tan bien sabe encerrar las botas; el bigote en agujero de bala de Berchtesgaden, etc.,—que un poeta haga oír desde América su grito único perforando la opacidad de una noche de bombas y de pelotones de ejecución.

Tengo el honor. . .

Benjamín PERET.

Al morir el alba esta ciudad chata—expuesta. . .

Y en esta ciudad inerte, esta muchedumbre que grita asombrada pasa junto a su grito como pasa la ciudad junto a su movimiento, a su sentido, sin inquietud, al lado de su grito verdadero, el único que se hubiera deseado oír porque sólo a él se le siente suyo; se le siente habitar en ella, en algún refugio profundo de sombra y de orgullo; en esta ciudad inerte, esta muchedumbre junto a su grito de hambre, de rebeldía, de odio, esta muchedumbre tan extrañamente habladora y muda.

En esta ciudad inerte, esta extraña muchedumbre que no se junta, que no se mezcla; hábil en descubrir el punto de castración, de fuga, de desvío. Esta muchedumbre que no sabe ser muchedumbre, uno se da cuenta de que está perfectamente sola bajo el sol, del mismo modo que una mujer, de quien todo hubiera podido creerse por la cadencia lírica de sus nalgas, bruscamente interpela una lluvia hipotética y le ordena que no caiga; como una rápida señal de la cruz sin objeto visible; o como la animalidad súbitamente grave de una campesina que orina de pie, las piernas abiertas y rígidas.

En esta ciudad inerte, esta muchedumbre desolada bajo el sol, sin participar en nada de lo que puede expresarse, se afirma, se libera en el ancho día de esta tierra suya. Ni de la Emperatriz Josefina de los Franceses, soñando muy alto por encima de la negrada. Ni del libertador congelado en su liberación de piedra blanqueada. Ni del conquistador. Ni de este desprecio, ni de esta libertad, ni de esta audacia.

Al morir el alba, esta ciudad inerte con sus reversos de lepra, consunciones, hambres, sus miedos agazapados en los barrancos, sus miedos posados en los árboles, sus miedos excavados en la tierra, sus miedos sin rumbo por el cielo; sus miedos agolpados y sus fumarolas de angustia.

Al morir el alba, el Morne olvidado olvidándose de saltar.

Al morir el alba el Morne de zueco inquieto y dócil—su sangre palúdica derrota al sol con su latido ardiente.

Al morir el alba el incendio sostenido del Morne, como un sollozo amordazado al borde de su explosión sangrienta en busca de una ignición que se oculta y se desconoce.

Al morir el alba, el Morne agazapado ante la bulimia en acecho de centellas y remolinos, vomitando lentamente sus fatigas de hombre; el Morne

sólo y su sangre derramada, el Morne y sus vendajes de sombra, el Morne y sus canalillos de miedo, el Morne y sus grandes manos de viento.

Al morir el alba, el Morne famélico; y nadie sabe mejor que este cerro bastardo por qué el suicida en complicidad con su hipogloso se ahogó doblando su lengua para tragarla; por qué una mujer que parece flotar en la playa Capot (su cuerpo dócil, luminosamente oscuro, se organiza a las órdenes de su ombligo) no es más que un bulto de agua sonora.

Y ni el preceptor en su clase, ni el sacerdote en el catecismo, le arrancarán una palabra a este negrito soñoliento, no obstante la energía con que tamborilean ambos su cráneo tonsurado, pues en los marasmos del hambre se hunde su voz de inanición (una palabra—una—sola—palabra y estareis—en—paz—con—la—Reina—Blanca—de—Castilla, una—palabra—una—sola—palabra; ved—este—salvaje—pequeño—que—no—sabe—uno—solo—de—los—diez—mandamientos—de—Dios).

pues su voz se desvanece en los marasmos del hambre,
y nada puede obtenerse, nada verdaderamente de este pequeño holgazán,
sino un hambre que ya no sabe preparar a la arboladura de su voz.
un hambre pesada y desfallecida,
un hambre enterrada en lo más profundo del hambre de este cerro famélico.

Al morir el alba, el heteróclito zozobrar, las pestilencias exacerbadas de la corrupción, las sodomías monstruosas de la hostia y del victimario, los infranqueables muros del prejuicio y de la necedad, las prostituciones, hipocresías, lubricidades, traiciones, mentiras, calumnias, concusiones—el sofoco de cobardías insuficientes, el entusiasmo sin jadeos de brotes supernumerarios, las avideces, los histerismos, las perversiones, las arlequinadas de la miseria, los estropeos, pruritos, urticarias, las tibias hamacas de la degeneración. Aquí el desfile de risibles y escrofulosos bubones, los cultivos de extrañísimos microbios, los venenos sin alexitarias conocidas, los virus de epidemias muy antiguas, las fermentaciones de especies putrefactivas imprevistas.

Al morir el alba la gran noche inmóvil, las estrellas más muertas que un balafón roto.

El bulbo teratológico de la noche, germinando de nuestras bajezas y renunciamentos. . .

Y nuestros gestos imbéciles y locos para reanimar las salpicaduras de oro de los instantes favorables, el cordón umbilical restituído a su frágil esplendor.

dor, el pan y el vino de la complicidad; el pan, el vino, la sangre de verídicos esponsales.

Y esta antigua alegría que me trae el conocimiento de mi miseria presente,

una senda jibosa que hinca la cabeza en el hueco donde dispersa algunas chozas; una senda infatigable se arrastra llevando a cuestras un cerro cuya cima, brutalmente penetra en un charco de casas palurdas, una senda que sube locamente y desciende temeraria, y el cómico esqueleto de madera encaramado sobre unas patas diminutas de cemento que llamo "nuestra casa", con su peinado de hojalata que ondula al sol como una piel que se orea; el comendador, el piso grosero donde brillan las cabezas de los clavos, las vigas de pino y de sombra que corren por el techo, las sillas de paja fantasmales, la luz grisácea de la lámpara, aquella barnizada donde zumban rápidas las cucarachas hasta hacer daño. . .

Al fin del amanecer, este país más esencial, restituído a mi paladar, no de ternura difusa sino la atormentada concentración sensual del seno grueso de los cerros con la accidental palmera cual brote endurecido, el brusco gozar de los torrentos y desde Trinidad hasta Grand Riviere, la gran lamedura histórica del mar.

Y el tiempo pasaba de prisa, muy de prisa.

Transcurrido Agosto, cuando los mangos se engalanan con todas sus medias lunas, Septiembre, el partero de los ciclones, Octubre que enardece la caña, Noviembre que ronronea en las destilerías; comenzaron las Navidades.

Habíanse anunciado las Navidades primeramente por un cosquilleo del deseo, una sed de ternuras nuevas, un retoñar de sueños imprecisos; luego de repente había remontado el vuelo en el fru-frú violeta de sus grandes alas de alegría, y fué entonces en la aldea, su caída vertiginosa lo que hacía estallar la vida de las chozas como granadas demasiado maduras.

Las Navidades no eran como todas las fiestas. No le gustaba correr las calles, bailar en las plazas públicas, instalarse en los caballos de madera del tío-vivo, aprovecharse del gentío para pellizcar a las mujeres, disparar los fuegos artificiales frente a los tamarindos. Tenía agorafobia. . . Necesitaba toda una jornada de trajín, de preparativos, de cocinados, de limpieza, de inquietudes, de miedo—a—que—esto—

no—sea—suficiente,

de—miedo—a—que—no—vaya—a—faltar—esto—otro,

de—miedo—a—que—nos—fastidiemos;

después por la noche una iglesita nada intimidadora que se deja llenar be-

névolamente por las risas, los cuchicheos, las confidencias, las declaraciones de amor, las maledicencias y la cacofonía gutural de un cantor vozarrón y también por alegres compañeros y francas mocetonas y en las chozas de entrañas ricas en golosinas, nada mironas, se apiñan hasta veinte, y la calle está desierta, y la aldea es un ramo de canciones, y se está tan bien en el interior, y se come tan bien, y se bebe lo que alegra, y hay morcilla, la estrecha que se enrolla como el voluble, la que es ancha y regordeta, el "Benin" con sabor de serpol, el "Violent", de pimentada incandescencia, y el café quemante, y el anís azucarado, y el ponche de leche, y el sol líquido de los rones, y todas las cosas sabrosas que se imponen autoritariamente a las mucosas, se nos funden en sutilezas, nos destilan sus delicias, nos tejen sus fragancias, y se ríe y se canta, y los estribillos se enlazan hasta perderse de vista como los cocoteros:

ALLELUIA

CHRISTE ELEISON. . . LEISON. . . LEISON.

CHRISTE ELEISON. . . LEISON. . . LEISON.

Y no cantan las bocas solamente, cantan las manos, los pies, las nalgas, los sexos y la criatura entera que se liquida en sonidos, voz y ritmos.

Llegada a la cima de su ascensión la alegría revienta como una nube. Los cantos no se interrumpen, corren ahora inquietos y pesados por los valles del miedo, los túneles de la angustia y los fuegos del infierno.

Y cada cual se pone a tirarle de la cola al diablo más cercano, hasta que el miedo se anonada insensiblemente en los finos arenales del sueño y se vive como en un sueño verdaderamente, y se bebe, y se grita, y se canta como en sueños o se dormita tan bien como en un sueño con los párpados de pétalos de rosa, y el día llega aterciopelado como un zapote, y el olor del estiércol líquido del cacahual, y los pavos que desgranar sus pústulas rojas al sol, y la obsesión de las campanas y de la lluvia.

las campanas. . . la lluvia. . .

tintineando, tintineando, tintineando. . .

Al morir el alba esta ciudad chata—expuesta. . .

Se arrastra sobre las manos sin que jamás le venga en ganas hendir el cielo cobrando una estatura de protesta. Las espaldas de las casas tienen miedo al cielo trufado de fuego, sus pies a ahogarse en el suelo, y han optado por posarse, superficiales, entre sorpresas y perfidias. No obstante la ciudad avanza. Aun cuando todos los días sufre más su marea de corredores de ladrillos cuadriláteros, de persianas pudibundas, de patios vizcosos, de pinturas cho-reantes. Y de escandalillos sofocados, pequeñas vergüenzas reprimidas, pequeños odios inmensos petrificados en las jorobas y en los hoyos de las ca-

lles angostas, a lo largo de las cuales, haciendo muecas, un arroyuelo corre entre excrementos. . .

Al morir el alba, no sabe la vida, postrada, adonde despachar sus sueños abortados, el río de vida desesperadamente torpe en su cauce, sin turbulencias ni depresión, fluyendo vacilante, vacío lamentablemente, la agobiadora imparcialidad del fastidio repartiendo por igual las sombras sobre todas las cosas, el aire estancado sin una brecha de claridad de pájaro.

Al morir el alba otra casa que huele muy mal en una calle muy estrecha, minúscula casa que guarda en sus entrañas de madera podrida ratas por docenas, y la turbulencia de mis seis hermanos y hermanas, una casa chica y cruel cuya intransigencia asusta nuestros fines de mes y nuestro padre lunático roído de una sola miseria, jamás he sabido qué miseria, a quien una imprevista brujería reduce a melancólica ternura o exalta a llamaradas de cólera; y mi madre que por nuestra hambre insaciable sus piernas pedalean, pedalean de día, de noche; de noche me despiertan éstas piernas infatigables que mueven el pedal de noche, y la mordida áspera en la carne blanda de la noche de una Sínger cuyo pedal mueve mi madre por nuestra hambre, día y noche.

Al morir el alba más allá de mi padre, de mi madre, la casa agrietada de ampollas como el pecado atormentador de la sífilis, y el techo delgado remendado con latas de petróleo, lo que hace verdaderos pantanos de herrumbre en la pasta gris sorda apestosa de la paja, y cuando el viento sopla, éstos disparates hacen un ruido extraño, como de fritura, luego como de un tizón que se sumergiera en el agua con el humo y las ramitas que vuelan. . . Y el lecho de tarima, del que se levantó mi raza, toda mi raza de lecho de tarima, con sus patas de cajas de luz brillante como si tuviera elefantiasis, y su piel de chivo, y sus hojas secas de plátano, y sus andrajos; una nostalgia de colchón el lecho de mi abuela. (Encima del lecho en un pote colmado de aceite un cabo de vela, su llama baila como un grueso insecto. . . sobre la basinica en letras de oro; GRACIAS)

Una vergüenza esta calle Paja, un apéndice repugnante como las partes vergonzantes del villorio que se extiende adiestra y siniestra a todo el largo del camino colonial, con el oleaje gris de sus techos de chilla. Aquí no hay más que techos de paja que el salitre ha oscurecido y depilado el viento.

Todo el mundo desprecia la calle Paja. Allí se pervierte la juventud del pueblo. Es allí sobre todo donde derrama el mar sus inmundicias, sus

gatos muertos, sus perros reventados. La calle desemboca en la playa y la playa es incapaz de contener la rabia espumeante del mar.

Desoladora también esta playa con sus montones de basura pudriéndose, furtivas ancas que alijeran la carga, y la arena es negra, fúnebre, jamás se ha visto una arena tan negra y en ella la espuma se desliza aullando y el mar, boxeando, la castiga a grandes golpes, o más bien el mar es un perrazo que lame y muerde las pantorrillas de la playa, y a fuerza de morderla, acabará por devorar la playa y con ella la calle Paja.

Al morir el alba, el viento de antaño, que se levanta de las fidelidades traicionadas, del deber inseguro que se aparta, y este otro amanecer de Europa. . .

Partir. Mi corazón resonaba de enfáticas generosidades.

Partir. . . Llegaría joven y llano, a este país y le diría a este país que es mío y cuyo limo forma parte de mi carne. . . "He andado errante mucho tiempo y vuelvo a la fealdad abandonada de tus lacras".

Volvería a este país que es mío y le diría: "Abrázame sin temor. Si tan sólo sé hablar, por tí hablaré".

Y le diría aún:

"Mi boca será la boca de tus desgracias que no tienen boca, mi voz la libertad de estas otras voces que se desploman en el calabozo de la desesperación".

Y regresando me diría a mí mismo:

"Y sobre todo mi cuerpo y también mi alma, guardaos de cruzar los brazos en la actitud estéril del espectador, pues la vida no es un espectáculo, un mar de dolores no es un proscenio, un hombre que grita no es un oso que danza. . ."

¡Y aquí estoy, he vuelto!

Otra vez esta vida cojeando ante mí, no esta vida, esta muerte sin sentido ni piedad, esta muerte en la que fracasa tristemente la grandeza, la brillante mezquindad de esta muerte que cojea de pequeñez en pequeñez; estas paletadas de miserables avideces sobre el Conquistador; estas paletadas de insignificantes siervos sobre el gran salvaje, paletadas de las almas pequeñas sobre el Caribe de tres almas, y todas estas muertes fútiles, absurdos bajo la salpicadura de mi conciencia abierta, trágicas nimiedades alumbradas solamente por esta única luciérnaga y yo sólo, brusca escena de este amanecer en que luce el apocalipsis de los monstruos

y luego de zozobrar enmudece,
cálida elección de cenizas, de ruinas y hundimientos.

—Una objeción más, todavía una sola, por favor una sola: no tengo derecho a calcular la vida por la medida de mi palmo fuliginoso; de reducirme a esta nada elipsoidal que tiembla a cuatro dedos por encima de la línea, yo, hombre que así trastorno la creación que lo comprende entre latitud y longitud!

Al fin del amanecer,
una sed de macho y el testarudo deseo,
me dividen los frescos oasis de la fraternidad,
impúdico friso de duras espinas,
este horizonte demasiado seguro se estremece como un carcelero.

Tu último triunfo, cuervo tenaz de la traición.

Lo que me pertenece, estos cuantos miles de moribundos que giran sin cesar en la calabaza de una isla, y lo que es mío también, el archipiélago arqueado como el deseo inquieto de negarse, diríase una maternal ansiedad de proteger la tenuidad más delicada que separa una América de otra; y sus flancos que segregan para Europa el buen licor de un Gulf Stream, y una de las dos vertientes de incandescencia entre las cuales el Ecuador piruetea hacia el África. Y mi isla sin cercar, su clara audacia en pie detrás de esta polinesia y ante ella, la Guadalupe, su espina dorsal partida en dos, hecha de nuestra misma miseria, Haití, donde por primera vez se alza le negra y dice que creía en su humanidad, y la colita cómica de la Florida donde se acaba con un negro estrangulándolo, y el Africa gigantescamente moviéndose como una oruga hasta el pie hispánico de Europa, su desnudez en que la muerte siega a grandes trancos.

Y yo me digo Burdeos y Nantes y Liverpool
y Nueva York y San Francisco
ni un pedazo de este mundo que no lleve mi impresión digital y mi calcáneo
en el lomo de los rascacielos y mi muge en el fulgor de sus gemas;
¿Quién puede jactarse de tener mejores cosas que yo?
Virginia. Tennessee. Georgia. Alabama.
Putrefacciones monstruosas de inoperantes revueltas,
marasmos de sangre pútrida
trompetas absurdamente taponadas
Tierras rojas, tierras sanguíneas, tierras consanguíneas.

Y lo que es mío también: una celda pequeña en el Jura,
una celda pequeña, la nieve duplica sus barrotes blancos
la nieve es un carcelero blanco de guardia ante una
prisión
Es mío
un hombre sólo preso de blancura
un hombre sólo que desafía los gritos de la muerte
blanca
(TOUSSAINT, TOUSSAINT LOUVERTURE)
un hombre sólo que fascina el gavián blanco de la muerte
blanca
un hombre sólo en la mar infecunda de arena blanca
es un viejecito negro que se levanta contra las aguas del cielo
La muerte describe un círculo brillante encima de este hombre
la muerte brilla dulcemente sobre su cabeza
la muerte sopla en la caña madura de sus brazos
la muerte galopa en la prisión como un caballo blanco
la muerte luce en la sombra como los ojos de los gatos
la muerte hipa como el agua bajo las rocas
la muerte es un pájaro herido
la muerte decrece
la muerte vacila
la muerte es un patyura sombrío
la muerte expira en una blanca balsa de silencio.

Hinchazones de noche en las cuatro esquinas de este amanecer
sobresaltos de muerte estereotipada
destino tenaz
grito alzado de la tierra muda
¿no ha de estallar nunca el esplendor de esta sangre?

Y ahora un último "Diantre":
al sol (no basta con emborrachar mi cabeza demasiado firme)
a la noche de blanca harina con las posturas de oro de luciérnagas
imprecisas
a la cabellera que tiembla en lo más alto del acantilado,
el viento salta en inconstantes caballerías saladas
bien leo en mi pulso que el exotismo no es una prebenda
para mí.

Al salir de Europa toda revulsiva en gritos
las corrientes silenciosas de la desesperanza,

al salir de Europa, que medrosa
se recobra y orgullosa se
sobreestima,
quiero este bello egoísmo que se aventura
y mi labor me rememora una parca implacable.

¡Cuánta sangre en mi memoria! Hay lagunas en mi memoria. Están cubiertas de cabezas de muertos. No están cubiertas de nenúfares. En mi memoria hay lagunas. No hay ropas de mujeres extendidas en sus riberas

Mi memoria está rodeada de sangre.
¡Mi memoria tiene un cinto de cadáveres!

y metralla de barriles de ron rociando
genialmente nuestras rebeldías innobles, éxtasis de ojos dulces
de haber bebido la libertad feroz

(los negros—son—todos—iguales, os—lo digo—yo
los vicios—todos—los—vicios, os—digo—que—
el—olor—del—negro—hace—crecer—la—caña
acordaos—del—viejo—refrán:
apalea—a—un—negro—es—alimentarlo)

Alrededor de los rockings-chairs meditando la voluptuosidad de los azotes. . .
Me vuelvo potro sin amansar
O bien sencillamente tal como nos quieren!
Alegremente obscenos, muy chulos de jazz en sus
excesos de tedio.
Conozco el tracking, el Lindy-Hop y las maracas.
Para las buenas bocas la sordina de nuestras
quejas envueltas en úa-úa. Esperad. . .
Todo está en orden. Mi ángel bueno rumia
el neón. Me trago las varillas. Mi dignidad
se revuelca en los vómitos. . .

Sol, Angel Sol, Angel rizado de Sol.
De un brinco más allá del nadar verdoso y suave de las aguas
de la abyección!

Pero me dirigí al brujo malo. En esta tierra exorcizada, suelta a la deriva de su preciosa intención maléfica, esta voz grita lentamente enronquecida, inútilmente enronquecida, y sólo existe el estiércol acumulado de nuestras mentiras—que no responden.

¡Qué locura la pirueta maravillosa que por encima de la bajeza yo soñé!
¡Pardiez! los Blancos son grandes guerreros
¡hosannah al amo y al castra-negros!
¡Victoria! ¡Victoria os digo: están contentos los vencidos!
¡Alegres pestilencias y cantares de cieno!

Por una inesperada y bienhechora revolución interior, honro al presente mis repulsivas fealdades.

Por San Juan Bautista, en cuanto las primeras sombras caen sobre el pueblo de Gros Morne, se reúnen por ciento los chalanos para cambiar sus caballos en la calle "DE PROFUNDIS", cuyo nombre, al menos tiene la franqueza de advertirnos el ataque de los bajos fondos de la Muerte. Y es de la Muerte verdaderamente, de sus mil formas mezquinas y locales (avasallamiento a la redonda de las destilerías, hambre insaciable de yerba de Paral) de donde surge a la vida abierta y grande la sorprendente caballería de rocines impetuosos. ¡Y qué galopar! ¡qué relinchos! ¡qué sincero orinar! ¡Qué estiércol maravilloso! Hermoso caballo difícil en el picadero" — "Una altiva yegua sensible a la espuela" — "Un intrépido potro lindamente proporcionado".

Y el malicioso compadre, atravesado el chaleco de una orgullosa cadena de reloj va a la región de los senos plenos de los ardores juveniles, de redondeces auténticas, o a las tumefacciones regulares de complacientes avispas, a las mordidas obscenas del gengibre o la benéfica circulación de un decalitro de agua azucarada.

Me niego a considerar mis hinchazones como glorias verdaderas.

Y me río de mis antiguas imaginaciones pueriles.

Jamás hemos sido amazonas del rey de Dahomey, ni príncipes de Ghana con ochocientos camellos, ni doctor en Tombouctou en tiempos del rey Askia el Grande, ni arquitectos de Djéné, ni Madhis, ni guerreros. No sentimos en las axilas la picazón de los que antaño portaban la lanza. Y pues juré no ocultar nada de nuestra historia, (yo que admiro tanto al carnero paciendi su sombra de la tarde), quiero convenir en que fuimos, en todos los tiempos muy ramplones lava-platos, limpiabotas sin envergadura, y considerando las cosas lo mejor posible, hechiceros bastante concienzudos siendo el único record indiscutible que hemos batido el de la paciencia en soportar el látigo. . .

Y este país gritó durante siglos que somos bestias; que las pulsaciones de la humanidad se detienen en los umbrales del mercado de negros, que somos un estercolero ambulante que feamente prometía tiernas cañas y algodón

sedoso; y se nos marcaba con hierro candente, y dormíamos sobre nuestros excrementos y se nos vendía en las plazas y la vara de género inglés y la carne salada de Irlanda costaban menos que nosotros, y éste país vivía en calma, tranquilo, diciendo que el espíritu de Dios estaba en sus actas.

El negrero ¡proclama mi instinto seguro y tenebroso, las velas de nubes negras, las innumerables jarcias de selvas umbrías y de duras magnificencias del Calabar, insigne recuerdo de proa blanquecina—este esqueleto!

De la cala oigo subir las maldiciones encadenadas,
el estertor de los moribundos, el ruido de uno que arrojan al mar. . . los gemidos de una mujer parturienta. . . el rasgar de las uñas que buscan los cuellos. . . las risas y burlas del látigo, el revolverse de los gusanos en la lasitud. . .

Nada pudo jamás sublevarnos en alguna noble, desesperada aventura.
Amén. Amén.

No pertenezco a ninguna nacionalidad prevista por las cancillerías.

Desafío al craneómetro. Home Sum etc. . . .

Y que sirvan, que traicionen y mueran.

Amén. Amén. Estaba escrito en la forma de sus pelvis.

Y yo, yo,

que cantaba con los puños cerrados

Hay que saber hasta donde llevaba mi cobardía.

Una tarde en un tranvía frente a mí un negro.

Era un negro grande como un pongo que pugnaba por hacerse chico en un banco del tranvía. Trataba de despojarse en este banco pringoso del tranvía, de sus piernas gigantescas, de sus manos temblorosas de boxeador hambriento. Y todo le había abandonado, su nariz que parecía una península abandonada en una rada y hasta su misma negrura que se decoloraba bajo la acción incansable de una curtidora en blanco. Y el curtidor era la Miseria. Un murciélago orejudo, repentino: en este rostro las heridas de sus garras habían cicatrizado en islotes de sarna. Era un obrero incansable la Miseria trabajando en algún cartucho horripilante. Se veía muy bien como el pulgar industrial y malévoló había modelado el bulto de la frente, agujereado la nariz en dos túneles paralelos e inquietantes, alargado desmesuradamente el belfo y caricaturesca obra maestra, había cepillado, pulido, barnizado la oreja más diminuta y graciosa de la creación.

Era un negro desgarbado, sin ritmo ni medida.

Un negro con una voz brumosa de alcohol y de miseria.

Un negro que movía los ojos en una lasitud sanguinolenta.

Un negro sin pudor, los dedos de sus pies crujiendo hediondos en el fondo del cubilete entreabierto de sus zapatos.

La Miseria, no puede decirse otra cosa, se había esforzado en acabarlo.

Había ahondado la órbita de sus ojos, se los había cubierto con una pasta de polvo mezclada de legañas.

Había estirado el espacio vacío entre el sólido encaje de la mandíbula y los pómulos de la vieja y deslustrada mejilla. Encima había planteado las estacas pequeñas y lucientes de una barba de varios días. Le había enfermado el corazón y encorvado la espalda.

El todo representaba perfectamente un negro repugnante, un negro gruñón, un negro melancólico, un escombros de negro que unía las manos en plegaria sobre un bastón nudoso. Un negro enterrado en un viejo chaleco raído. Un negro cómico y feo; las mujeres a mi espalda reían al mirarle.

Me volví hacia ellas y mis ojos proclamaban que yo no tenía nada en común con este mono.

Era COMICO Y FEO

COMICO Y FEO ciertamente.

Alboreé una sonrisa de complicidad.

Hallé de nuevo mi cobardía!

Saludo los siglos que sostienen mis derechos cívicos.

y mi sangre aminorada.

¡Qué falso mi heroísmo!

Esta ciudad es de mi talla.

Y mi alma tendida como esta ciudad, en la roña y en el cieno tendida.

Esta ciudad, mi faz de fango.

El agua del bautismo en mi frente se seca.

Reclamo para mi rostro la brillante lisonja de un escupitajo. . .

Entonces, pues somos los que somos, sea nuestro el ímpetu viril, la rodilla vencedora, las llanuras de grandes terrones del porvenir.

Vaya, prefiero confesar que deliré generosamente.

Mi corazón en mi cerebro, como una rótula ebria.

Mi estrella ahora, el fúnebre menfenil.

Y sobre este sueño antiguo mis crueldades de canibal.

Las balas en la boca son saliva espesa

nuestro corazón estalla de cotidianas bajezas

los Continentes rompen la débil amarra de los istmos,

saltan las tierras siguiendo la fatal división de las corrientes,

y el Morne, que retiene su grito dentro de sí mismo desde hace siglos,

es a su vez quien acuartela el
silencio
y este pueblo valiente rebota!
nuestros miembros vanamente desunidos
por los más refinados suplicios,
y la vida brotando impetuosa de este estercolero
—como el corrosal imprevisto de la descomposición de los frutos del árbol
del pan!

Sobre este sueño viejo en mí, mis crueldades de caníbal.

Me escondía tras una vanidad estúpida.
me llamaba el destino y yo me ocultaba
y he aquí el hombre por tierra derribado. Su muy frágil defensa dispersa.
Pisoteadas sus máximas sagradas, su declamar pedantesco por cada herida
devolviendo el viento.

He aquí el hombre en tierra derribado
y su alma está como desnuda
y el destino triunfa al contemplar
revolviéndose en el ciénago ancestral esta alma que lo desafiaba.

Digo que así está bien.
Mi espalda hará estallar victoriosamente la calasia de las fibras.
De gratitud adornaré mi obsequiosidad natural.
Aumentará un tanto mi entusiasmo la charlatanería galonada de plata
del calesero de la Habana, zambo lírico, alcahuete de los esplendores

de la servidumbre.
Digo que está bien así.

Vivo para lo más trivial de mi alma
Para lo más tierno de mi carne!

Tibio amanecer de calor y de temores ancestrales

ahora tiemblo en el común temblor que nuestra sangre dócil canta
en la madrépura.

¡Y estos renacuajos nacidos en mí de mi ascendencia prodigiosa!

los que no han inventado ni la pólvora ni la brújula
los que no han sabido domeñar ni el vapor ni la electricidad
los que no han explorado ni los mares ni el cielo
mas sí conocen todos las reconditeces del país del sufrimiento
los que no han conocido del viaje más que el destierro,
los que se han encorvado de tanto arrodillarse
los que fueron domesticados y bautizados
los que fueron inoculados de bastardía
tám-tám de manos vacías
tám-tám burlesco de traiciones tábidas

Tibio amanecer de ardores y miedos ancestrales
a la mar mis riquezas peregrinas
a la mar falsedades auténticas

¿Más que extraño orgullo súbitamente me ilumina?

¡Oh! luz amiga
¡oh! fresca fuente de luz
los que no inventaron ni la pólvora ni la brújula
los que jamás supieron domeñar el vapor y la electricidad
los que no exploraron los mares ni el cielo
más sin ellos la tierra no sería la tierra
corcova tanto más benéfica que la tierra desierta,
más que tierra
silo donde se preserva y madura lo que tiene de más tierra la tierra
mi negrura no es una piedra, su sordera abalanzada contra
el clamor del día,
mi negrura no es una mancha de agua muerta en el ojo
muerto de la tierra
mi negrura no es una torre ni una catedral

se hunde en la carne roja del suelo
se hunde en la carne ardiente del cielo

perfora la postración opaca con su paciencia recta
¡Eia por el Kailcedrato real!

¡Eia por los que jamás inventaron nada
por los que jamás han explorado nada
por los que jamás han domeñado nada!

mas se abandonan sorprendidos a la esencia de todas las cosas
ignorando la superficie, poseídos por el movimiento de todas las
cosas.

Despreocupados de dominar, pero jugando el juego del mundo
abiertos los poros a todos los vientos del mundo
aire fraternal de todos los soplos del mundo
lechos sin acequias de todas las aguas del mundo
chispa del fuego sagrado del mundo
carne de la carne del mundo palpitando con el mismo palpitar del mundo!

Tibio amanecer de virtudes ancestrales
¡Sangre! ¡Sangre! ¡toda nuestra sangre emocionada por el corazón macho del
sol!

los que saben de la feminidad de la luna, la del cuerpo de aceite,
la exaltación reconciliada del antílope y la estrella
aquellos, cuya supervivencia avanza en la germinación de la yerba

¡Eia círculo perfecto del mundo y cerrada concordancia!

Escuchad al mundo blanco
horriblemente cansado de su esfuerzo inmenso
sus articulaciones rebeldes crujir bajo las estrellas duras
su rigidez de acero azul traspasando la carne mística
escuchad sus victorias proditorias pregonar sus derrotas,

escuchad en las coartadas grandiosas sus míseros tropiezos
Piedad para nuestros vencedores omniscientes e ingenuos

Eia para los que jamás inventaron nada
los que jamás exploraron
jamás domeñaron

Eia por la alegría
Eia por el amor
Eia por el dolor reencarnado en lo peor de las lágrimas

He aquí, al fin de este amanecer, mi plegaria viril.
No escucho las risas ni los gritos, fijos los ojos en
esta ciudad que profetizo bella.

dadme el valor del mártir
dadme la fe salvaje del hechicero
dad a mis manos poder para modelar
dad a mi alma el temple de la espada,
no me ocultó. Haced de mi cabeza una cabeza de proa
y de mí, corazón mío, no hagais ni un padre ni un hermano
ni un hijo sino el padre, el hermano, el hijo,
no un marido, hacedme el amante de este pueblo único.

Hacedme rebelde a toda vanidad, pero dócil a su genio
como el puño al extremo del brazo
Hacedme comisario de su sangre
hacedme el depositario de sus resentimientos
haced de mí un hombre de determinación
haced de mí un hombre de iniciación
haced de mí un hombre de recogimiento
pero haced también de mí un sembrador

haced de mí el ejecutor de estas altas obras

ha llegado el tiempo de ceñirse la cintura como un valiente.

Mas preservadme, mi corazón, de todo odio,
no hagáis de mí este hombre de odio para quien sólo
abrigo odio
pues para acantonarme en esta única raza
conocéis sin embargo mi amor católico
sabeis que no es el odio a otras razas
lo que me hace ser el labrador de esta única raza
lo que quiero
es por el hambre universal
es por la sed universal

declararla libre al fin

dar de su cerrada intimidad
la suculencia de sus frutos.

¡Ved el árbol de nuestras manos!
gira para todos, incisas las heridas en su tronco

para todos trabaja la tierra
¡embriaguez hacia las ramas de perfumada precipitación!

Mas antes de abordar a los futuros huertos
haced que los merezca en su cinturón de mar
dadme mi corazón esperando la tierra
dadme en el océano estéril
más donde acaricia la mano la promesa de la amura
dadme en este océano diverso
la obstinación de la fiera piragua
y su vigor marino

Vedla avanzar escalando y resbalando en la corriente
pulverizada.
vedla danzar la danza sagrada ante la niebla de la ciudad
vedla resoplar en la caracola vertiginosamente
galopar en el sonido, hasta la indecisión de los cerros
y ved el prodigioso esfuerzo del remo, forzar veinte veces
el agua
encabritarse la piragua bajo la acometida de las ondas
desviarse un instante, intentar huir, mas la ruda caricia
del remo la vira,
se hunde entonces, un estremicimiento recorre el espinazo de la ola
el mar babea y gruñe,
y la piragua, como un trineo se desliza sobre la arena

Al fin de este amanecer mi plegaria viril:

dadme los músculos de esta barca sobre el mar enfurecido
y la alegría convincente de la caracola iracunda de las buenas nuevas

Mirad, no soy más que un hombre (ninguna degradación, ningún escupitajo
lo conturba)
no soy más que un hombre que acepta, abolida la cólera
(no tiene en el corazón más que un amor inmenso)
Acepto. . . acepto. . . enteramente sin reserva. . .
mi raza que ninguna ablución de hisopo y de lirios mezclados podría
purificar
mi raza recomida de máculas
mi raza uva madura para pies borrachos
mi reina de esputos y de lepra

mi reina de azotes y de escrófula
mi reina de escuemas y cloasmas
(¡oh las reinas que antes amé en los jardines primaverales y
lejanos iluminados por todas las bujías de los castaños!)
Yo acepto, acepto
al negro fustigado que dice: "Perdón mi amo"
los veinte y nueve trallazos legales
y el calabozo de cuatro pies de alto
y el collar de hierro
el jarrete cortado a mi audacia cimarrona
y la flor de lis que fluye del hierro enrojecido sobre la grasa de mi
espalda
y la perrera de Monsieur VAULTIER MAYENCOURT donde seis meses ladré
como un perro
y Monsieur BRAFIN
y Monsieur de FOURNIOL
y Monsieur de la MAHAUDIÈRE
y el pian
el moloso
el suicidio
la promiscuidad
el borceguí
el cepo
el caballete
el cipo
el frontal

Y mi original geografía, también; el mapa del mundo trazado a mi uso ilu-
minado, no con los colores arbitrarios de los sabios, mas según la geometría
de mi sangre derramada.

y la determinación de mi biología sin ser la prisionera de un ángulo facial,
de una forma de cabello, de una nariz suficientemente aplastada, de un tinte
suficientemente melanesio y la negrura, no más indicio cefálico o plasma o
soma sino medida con el compás del dolor
y el negro cada día más bajo, más cobarde, más estéril, menos profundo, más
exterior, más separado de sí mismo, más astuto consigo mismo, menos cerca
de sí mismo.

yo acepto, acepto todo eso

y lejos del mar de palacios rompiendo bajo la sisigia maravillosamente, acostado, supurando sus ampollas, el cuerpo de mi país en la desesperación de mis brazos, conmovidos sus huesos, y su sangre titubeando en sus venas como la gota de leche vegetal en la punta herida del bulbo. . . He aquí que de repente, furezas y vida me asaltan como un toro y revivo a ONÁN confiando su esperma a la tierra fecunda y la onda de vida rodea la papila del cerro y todas sus arterias y sus venas trajinan en la sangre nueva y respira el enorme pulmón de los ciclones y el fuego atesorado de los volcanes y el gigantesco pulso sísmico late ahora a la medida de un cuerpo viviente en la fortaleza de mi abrazo.

Y ahora estamos de pie mi país y yo, al viento los cabellos, mis manos pequeñas en su puño enorme y la fuerza no está en nosotros, si no por encima de nosotros, en una voz que perfora la noche y el oído con la agudeza de una avispa apocalíptica.

Y la voz pronuncia que durante siglos Europa nos ha atiborrado de mentiras hinchado de pestilencia,
pues no es cierto que la obra del hombre ha terminado
que nada tenemos que hacer en el mundo
que somos parásitos del mundo
que basta con que marchemos al andar del mundo

mas la obra del hombre apenas ha comenzado

y al hombre le queda por conquistar toda prohibición inmovilizada
en los rincones de su fervor
y ninguna raza posee el monopolio de la belleza,
de la inteligencia, de la fuerza
y hay espacio para todos en el lugar de reunión de la conquista, y ahora sabemos que el sol gira alrededor de nuestra tierra iluminando la parcela que ha fijado nuestra voluntad sola, y que toda estrella caída del cielo a la tierra queda sometida a nuestro poder sin límites.

Tengo al presente, el sentido de la ordalia; mi país es la "lanza de noche" de mis ancestros Bárbaras.

La lanza se encoge y su punta huye desesperadamente en dirección al puño y si la bañamos en la sangre de un pollo dice que es sangre de hombre lo que su temperamento necesita, grasa, hígado, corazón de hombre y no sangre de pollo.

Y ando buscando para mi país, en vez de corazones de dátiles, corazones de

hombre que son los que hacen latir la sangre viril para entrar en las ciudades de plata por la gran puerta trapezoidal y mis ojos barren los kilómetros cuadrados de mi tierra paterna y enumero las llagas con cierta alegría y las amontoño unas sobre otras como raras especies y la acuñación imprevista de tantas bajezas aumenta siempre mi cuenta.

Y ved aquí a los que no se consuelan de no haber sido hechos a imagen de Dios, sino del Diablo; los que consideran que ser negro es lo mismo que ser empleado de segunda clase: esperando lo mejor y con probabilidades de ascender; los que tocan a llamada ante sí mismo, los que viven metidos en un agujero en el fondo de la fosa que en ellos mismos llevan; los que se envuelven en un altivo pseudo-porfídico; que le dicen a Europa: "Mirad como sé hacer zalemas al igual que vosotros, y presentaros mi homenaje, en suma, no soy diferente de vosotros, no le deis importancia a mi piel oscura: el sol me ha ennegrecido".

Y hay la macarela negra, el Askarí negro, y todas las cebras se sacuden a su manera para que caigan sus listas en un rocío de leche fresca.

Y en medio de todo este grito ¡hurrah! mi abuelo se muere, grito ¡hurrah! la vieja negrura progresivamente se torna cadavérica.

No hay por qué decir; era un buen negro.

Los blancos dicen que era un buen negro, un negro verdaderamente bueno, el buen negro de su buen amo.

Yo grito ¡hurrah!

Era un negro muy bueno

La miseria le había herido pecho y espalda; habían embutido en su pobre cerebro que sobre él pesaba una fatalidad que no era posible acogotar, que no tenía poder sobre su propio destino; que un Señor malvado, había escrito para la eternidad leyes de interdicción en la naturaleza de su pelvis; y que era un buen negro; y debía de contentarse honradamente con ser el negro bueno; creer honradamente en su indignidad, sin la curiosidad perversa de verificar jamás los fatídicos jeroglíficos.

Era un negro muy bueno.

y nunca se le ocurrió que podía labrar, cavar, cortar cualquier otra cosa que no fuese verdaderamente la caña insípida.

Era un negro muy bueno.

Le arrojaban piedras, pedazos de hierro, cascos de botellas, pero ni las piedras, ni los hierros, ni las botellas. . .

Oh, quietos años de Dios, sobre esta protuberancia terráquea!

Y el látigo disputaba al zumbido de las moscas el rocío azucarado de nuestras llagas.

Grito ¡hurra! La vieja negrura progresivamente
se cadaveriza
el horizonte se desvanece retrocede y se ensancha
y he aquí entre las nubes despedazadas el fulgor de
un signo
el negrero revienta por todas partes. . . Su vientre se convulsiona y resuena. . .
La espantosa tenia de su cargamento roe los intestinos fétidos del extraño
infante de los mares!

Y ni la alegría de las velas hinchidas como un bolsillo repleto de doblones,
ni las jugarretas con que se burla la idiotez peligrosa de las fragatas polí-
cíacas, le impiden oír la amenaza de sus gruñidos intestinos.

En vano por distraerse el capitán cuelga del palo mayor al más chillón de
sus negros, o lo echa al mar, o lo abandona al apetito de los molosos.

La negrada oliente a cebolla frita encuentra en su sangre derramada el
sabor amargo de la libertad

Está de pie la negrada

la negrada sentada,
inesperadamente de pie
de pie en la cala
de pie en los camarotes
de pié en el puente,
de pie en el viento
de pie bajo el sol
de pie en la sangre
de pie

y

libre

de pie y no pobre loca en su libertad y su
miseria marítima flotando a la deriva perfecta
y héla aquí:
inesperadamente de pie

de pie en las jarcias
de pie en la barra
de pie en la brújula
de pie en el mapa,
de pie bajo las estrellas
de pie

y

libre

y el navío lustral avanza impávido sobre las aguas desplomadas
y ahora caen
y ahora se pudren nuestras borlas de ignominia

para mí mis danzas
mis danzas de negro malo
la danza rompe-argolla
la danza salta-prisión
la danza es—bello—y—bueno—y—legítimo—ser—negro—,
para mí

mis danzas y que salte el Sol en la raqueta de mis
manos

Mas no, el Sol desigual ya no me basta
enróscate—viento, en mi nuevo crecimiento
pósate en mis dedos mesurados

Te entrego mi conciencia y su ritmo de carne
Te entrego los fuegos en que chispea mi flaqueza
Te entrego el chain-gang
Te entrego el pantano

Te entrego el "in-tourist" del circuito triangular
Viento devora

Te entrego mis palabras abruptas

Devora y enróscate en mí

Enróscate y abrázame con un estremecimiento más basto

Abrázame hasta abrazarnos furiosos los dos

Abraza, ABRACÉMONOS,

Más mordiéndonos igualmente

Hasta la sangre de nuestra sangre mordida!

Abrazáme, mi pureza no se une más que a tu pureza,

¡Abrazame pues!

Como un campo de justos filaos

de noche

nuestra pureza multicolor

Y átame, átame sin remordimientos
átame con tus grandes brazos de arcilla luminosa
liga mi negra vibración al ombligo
del mundo
Lígame áspera fraternidad
Y luego estrangulándome con tu lazo de estrellas
sube, Paloma
sube
sube
sube
Te sigo impresa en mi ancestral córnea blanca
Sube lamedor de cielo
Y en la gran cavidad negra donde quise ahogarme
La otra luna, allí quiero pescar ahora
la lengua maléfica de la noche en su cristalización inmóvil!



